

en usted un convencido educador político; consciente de su papel y perfectamente acoplado a las nuevas exigencias humanas. En torno de "Amauta" se ensancha el círculo de iniciados en las ciencias sociales que buscan la manera de dar expresión a la dormida rutina de nuestra pequeñísima cultura; se hace y se fomenta una fé por los destinos nebulosos de la patria. Usted es el centro de irradiación de los todavía desordenados ideales de la juventud. Y para que no se crea que estoy parcializado por su estupenda figuración intelectual, ni que trato por este medio de prodigarle elogios desmedidos para que usted me los devuelva en alguna circunstancia, debo afirmar con toda rotundidad que mi prestigio literario me tiene absolutamente sin cuidado y que, el movimiento literario y político de los últimos tiempos del Perú, no ha surgido por iniciativa personal de ninguno de sus mantenedores: ha sido creado por la onda fecundante de la nueva cultura que se desprendió de los pueblos directores que salieron vivos de la Guerra Europea; fué la resultante de la conciencia social de la época, como lo son siempre todos los fenómenos históricos y todas las iniciaciones colectivas. Y aunque decirle a usted estas cosas es una solemne majadería, las digo para que sepa el filisteo que, si bien es cierto usted no fué el iniciador de las modernas impulsiones literarias en esta parte del mundo, fué usted en cambio su más consciente dinamo y el que ha logrado despertar mayores corrientes de simpatía—no simpatía en la trivial acepción de la palabra, sino en el sentido platónico—entre las clases más desvinculadas del país: obreros y estudiantes. Y he de decir también, con el espíritu convicto, que por usted tiene un cauce expeditivo la nueva evangelización del mundo.

No sé si lo que escribo estará bien. Me preocupa poco el mito literario. Prefiero vivir mi lánguida vida provinciana, a tener que coquetear con los magnates de la literatura,—sólo

entonces se consigue fama,—para que se me otorgue una pragmática de grande o de pequeño escritor, que en nada valoraría mi inalterable espíritu silencioso.

Tampoco pretendo en esta carta ni en ninguno de mis escritos acercarme al mito de la VERAD, que es un mito erigido por el orgullo humano y que no satisface mi modesta posición de hombre estudioso. Para comunicarme con el amigo inteligente, me basta decirle lo que yo pienso.

César A. Rodríguez.

Arequipa, a 30 de enero de 1929.

## D E B A T E S

### CULTURA E IDEOLOGIA

Por ABELARDO SOLIS

(A propósito de un editorial de MERCURIO PERUANO. — Nos. 123-124 de noviembre y diciembre de 1928).

Don José Ortega y Gasset es quien ha acentuado en forma sobresaliente, la equívoca concepción de crear una cultura sin contenido político, sin ideología social y a propender mejor dicho, a que la obra literaria o la obra de arte no tenga un contenido ideológico, político o social. Su creencia en la deshumanización del arte, estiliza y lleva a extremos de inactualidad y de error, la vieja y estéril preocupación de los que creyeron en la superioridad y eficacia del cultivo del arte por el arte; y que representaron en literatura, esa desvaída conclusión degenerativa del aristocratismo de Renán y del eruditismo enciclopédico del siglo XIX, que se denominó *torremarfilismo*. Y es que Ortega y Gasset quiso olvidar que todas las producciones del espíritu humano, las mas altas, las que señalan el paso de los siglos, han significado todo lo contrario de esa